

halla entre esta escuela y el de *Teachers' College* posee cuanto se requiere para una excelente cultura física: los salones de gimnasio, de juegos deportivos y danzas, los baños, y un vasto estanque de natación. Hay además un constante trabajo de corrección de defectos físicos, mediante el conjunto de ejercicios apropiados a ese objeto, bajo la dirección de personal de rara competencia. Aquí, como en la Escuela de Speyer, es un fundamental propósito la conservación de la salud y la promoción del desarrollo físico de los alumnos. Todo está calculado para su confort.

Se ha organizado como parte integrante de *Teachers' College* y comprende el *Kindergarten*—instalado en el edificio de esta institución—la escuela elemental y la escuela secundaria o liceo.

El *kindergarten* se propone desenvolver los sentimientos sociales y el impulso creador en los niños. Entráis en su sala, vasta y luminosa. Hay parvadas de voces, bandadas de actividades en torno de los más diversos objetos: agua, arena, madera, bolas, semillas, cuanto puede servir para jugar y para construir. Cada cual sabe que está haciendo lo que desea y como lo desea. A la primera entrada os parece que allí sólo se juega y ésta es quizá la impresión de muchos de los visitantes. Pero cuando se analizan las diversas actividades allí comprometidas descúbrese un propósito alto y fecundo: el despertar la saludable conciencia de que es capaz de hacer, de inventar, de dirigir, de cooperar, de terminar las cosas que se comenzaron. Los niños sienten, imaginan, piensan, calculan, arman, desarman, se equivocan, aciertan: acumulan las primeras y más importantes experiencias de la vida. El niño aprende con sus manos y su cuerpo entero lo que en otras escuelas se le enseña a retener en la memoria, sin haber palpado; sobre todo, sin haber construido.

Y este principio que rige la labor—el juego, si gustáis—del *Kindergarten* inspira la de los grados inferiores de la escuela elemental, en particular la de cuatro grupos que funcionan dentro de una esfera de experimentación. «Haced lo que gustéis» es un principio desconcertante para la gran mayoría de los maestros y para la casi totalidad de los padres de familia. Porque, ¿acaso no implica la escuela un concepto de régimen disciplinario y de subordinación intelectual y moral a métodos y reglamentos que se suponen elaborados para dirigir sistemáticamente la obra de la educación escolar? Pues bien, el «Haced como gustéis» es de una fertilidad que asombra.

La inventiva de los niños se mueve dentro de líneas que son perfecta-

mente humanas y que en consecuencia repiten los procesos psicológicos y los actos materiales de los hombres que trabajan en la construcción de algo. Lo más natural es que los niños traten de imitar las obras de los hombres. Hay, por lo tanto, necesidad de que para hacer lo que gusten tropiecen con los mismos fundamentales problemas que han debido resolver los grandes.

No importa cuál sea la obra que emprendan: siempre encontrarán puntos de convergencia en donde el interés de los unos coincide con el de los otros. Pero aun cuando así no fuese, ninguna instrucción es más interesante para el niño que aquella a que le llevó la natural curiosidad o la necesidad de salir adelante con una empresa genuinamente suya.

Se siente uno tentado a preguntarse para qué ha servido todo el estudio de la psicología aplicada a la educación, si en realidad se ha continuado tratando a los niños como si no fuesen más que pequeñas razones por desenvolver y no seres humanos completos, con su emotividad y su actividad tan poderosas como su imaginación y más aún que su razón. Una educación integral debe contar con todos estos factores; para alcanzar lo cual conviene devolver al niño su espontaneidad nativa, la soltura de sus movimientos, la frescura de su imaginación, la versatilidad de su carácter. El principio de «Haced lo que gustéis» sitúa al niño en el centro de la escena. Él es quien hace, él quien piensa, él quien dice. La maestra es su colaboradora inteligente y con mayor experiencia a quien recurre en todos los momentos de la dificultad insuperable, que son los más bellos momentos del esfuerzo, del interés, y del poder de absorción del conocimiento oportuno en vista de un fin inmediato, que es su propio fin y no el de la maestra, como ocurre en las más de las escuelas del mundo. Y ¿cuál es la suerte de la lectura y de la aritmética y de la escritura y de todas estas santas cosas que deben presentarse con alba y casulla para imponerlas en la estimación de los niños? Se va a la escuela para aprender estas cosas y no para hacer lo que gusta. «A la escuela no se viene a hacer lo que queréis, sino lo que se os ordena»—se dice de ordinario en las escuelas. Como si los niños quisieran hacer alguna vez cosas que no fuesen humanas, cosas que no trascendiesen a las actividades corrientes de los hombres ya formados.

En cada uno de los proyectos de los niños entran todas las nociones posibles. A la maestra corresponde el surgir, el espiar el instante propicio para revelar el mundo de las ideas que se hallan detrás de las cosas, inclusive de las cosas de los niños.

Y la hora del *lunch* llega. No dice la

maestra: «Sentaos a tomar el *lunch* porque ya es hora». Es el estómago de alguno de ellos el que lo grita. Y la sugestión toma las proporciones de la vida. Ellos mismos limpian las mesas y tienden el mantel; distribuyen los platos, las cucharas, los tenedores, los cuchillos, las servilletas. Esto es, tienen que contar, calcular, imaginar, armonizar. Y en un acto inocente de la vida diaria el conocimiento útil llama imperiosamente a la inteligencia de los niños. Va yéndose al pasado el *Kindergarten* clásico con su colección de dones, con sus trabajos uniformes y colectivos. Y prepara su viaje hacia las costas felices de la historia la escuela elemental que atormentó a los niños que quisieron «hacer lo que gustaron».

Pero ésta que os he presentado no es toda la Escuela de Horace Mann ni son esas actividades elementales cuantas comprende la institución. Nada os he dicho de este gobierno autónomo en que los adolescentes de ambos sexos cultivan los sentimientos altruistas y desarrollan la conciencia de la personal responsabilidad; nada de esa prueba inequívoca del éxito, que es el contento de los niños, su interés por la obra y no las pruebas finales que han concluido en las más de las escuelas por matar la inspiración y anonadar la obra fecunda que estuvo llamada a realizar la escuela.

Nada os he mencionado de las labores de artes domésticas y de la educación física; nada de las bellas obras de la Asociación de las Alumnas, ni de sus dos publicaciones, una de las cuales contiene siempre la historia de la clase que se gradúa.

¿No sentís en todo esto como una aura de renovación, como un aliento de Horace Mann, como un soplo de Sarmiento?

Al llegar aquí vendrá a la mente de quienes leyeren el recuerdo del fracaso de la escuela de Yasnaia Poliana en la cual Tolstoy, con su visión genial, descubrió el principio: «Haced lo que gustéis». ¡Ah! Pero ¡no siempre los que descubren son los que mejor se aprovechan de su genio!

A sus alumnos dijo Tolstoy: «Haced lo que gustéis». Pero ellos nada tenían que hacer, ni nada con qué hacer. Se trató de que mostrasen un interés puramente intelectual y no se hizo un llamamiento a las demás actividades humanas. Fracasó la aplicación insuficiente y errónea del principio, pero no el principio mismo, que es esencialmente humano y fecundo. El éxito de todas las vocaciones descansa sobre él, como columna en pórfido. Su triunfo en los grados elementales de la Escuela de Horace Mann es prueba de bronce.

Los sentimientos sociales trabajan allí en curva amplia y abierta: la cooperación generosa y oportuna, conver-